

2733
La Cruz del Torrente.

ZARZUELA MELODRAMÁ-
TICA, EN UN ACTO, DIVI
DIDO EN TRES CUADROS
EN PROSA Y VERSO,

ORIGINAL DE

CARLOS SERVERT

MÚSICA DE LOS MAESTROS

Barrera y Porras.

Estrenada en el «Teatro-Salón Nacional», la noche del 16 de Octubre de 1909.

MADRID

Imprenta de A. Marzo, San Hermenegildo, 32 dup.º

Teléfono núm. 1.977.

1909

10

LA CRUZ DEL TORRENTE

Es propiedad del autor. Queda hecho el depósito que marca la ley.

La Cruz del Torrente.

ZARZUELA MELODRAMÁ-
TICA, EN UN ACTO, DIVI
DIDO EN TRES CUADROS,
EN PROSA Y VERSO, *o*

ORIGINAL DE

CARLOS SERVET

MÚSICA DE LOS MAESTROS

Barrera y Porras.

Estrenada en el «Teatro-Salón Nacional», la noche del 16 de Octubre de 1909.

MADRID

Imprenta de A. Marzo, San Hermenegildo, 32 dup.º

Teléfono núm. 1.977.

1909

DEL MISMO AUTOR

DRAMATICAS

El Guardia de Corps, leyenda lírico-madrileña, en un acto y en verso, original, escrita en colaboración con el Sr. Vela, música del maestro Bretón.

Cruz, égloga dramática en tres actos y en verso, en colaboración con el Sr. Ginard de la Rosa.

La Bien Plantá, sainete lírico-madrileño en un acto, en verso y prosa, original, en colaboración con el Sr. Vela, música del maestro Bretón.

Don Juan de Austria, drama lírico legendario, en tres actos y en verso, original, en colaboración con el Sr. Jurado, música del maestro Chapí.

Una Lección provechosa, comedia en un acto y en verso, original.

El Collar de perlas, comedia dramática en un acto y en verso, original.

Tenorio Feminista, parodia en un acto y en verso, en colaboración con los Sres. Paso y Valdivia, música del maestro Lleó.

El Pueblo del Dos de Mayo, propósito lírico-dramático, en un acto y en verso, original, música de los maestros Mateos y Porras.

La Fiesta del Carmen, zarzuela dramática en un acto, dividida en tres cuadros, en verso, original, música de los maestros Córdoba y Luna.

La Cruz del Torrente, zarzuela melodramática en un acto, dividida en tres cuadros, en prosa y verso.

NO DRAMATICAS

Leyendas Toledanas.

Pizarra (Paisaje andaluz), poema.

*Al notable primer actor y director
Antonio P. Camacho.*

*En prueba del cariñoso afecto que
le profesa*

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES .	ACTORES
GABRIELA (18 años.)	Srta. Velasco (H.)
LA CONDESA (40 ídem.)	» Cendán.
MARI-CRUZ (60 ídem.)	» Vila.
MOZA 1. ^a	» Caballero.
MOZA 2. ^a	» Perez.
FERNANDO (22 años.) i.	» Martí.
FRAY GONZAGA (50 ídem.)	» Codorniu.
EL CONDE (55 ídem.)	» González.
EL HERMANO PROSPERO (30 años.)	» Camacho.
EL ALCALDE	» Delgado.
MOZO 1. ^o	» Muela.
MOZO 2. ^o	» Catalán.

Mozos y mozas. Frailes y novicios.

La acción en las cercanías de un castillo roquero. Época presente.

Derecha é izquierda, las del actor.



ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Paisaje.—Al fondo, cielo, montañas y río.—A la derecha, árboles y matajos.—A la izquierda, la fachada de un viejo castillo: en ella puerta, blasonada, practicable y balcón de estilo moderno, que se abre sobre la antigua almenara, desde cuyas amontonadas ruinas puede bajarse á escena.—En los muros y en el ramaje, bombillas eléctricas de colores, que lucirán cuando se indique.—Últimas horas del día.—Al levantarse el telón, algunos mozos con guirnaldas de follaje y flores, que otros les acercan, están terminando, de adornar la fachada del castillo.

ESCENA PRIMERA

El ALCALDE.—Aldeanos de ambos sexos.

Música.

CORO. Adornemos con mirtos y flores
las murallas del viejo castillo,
porque así juveniles colores
á sus años darán nuevo brillo.
Y ya engalanado
con las galas que da la floresta,
podrá, remozado,
tomar parte también en la fiesta.
En la fiesta de luz y alegría
con que vamos aquí á celebrar
que iluminen la noche sombría
los fulgores de un rayo solar.

UNOS. ¿Y es posible?...

OTROS. ¿No es locura?...

OTROS. ¿Luz del sol en noche oscura?...

OTROS. Si ello es cierto, ¡qué ventura!

OTROS. Si es mentira, ¡qué pesar!

ALCALDE (Asustado.) ¿Mentira?

UNOS. ¡No!

OTROS. ¡No puede ser!

UNOS. No hay que dudar.

OTROS. No hay que temer.

TODOS. Por esos hilos
que el aire cruzan
y que intranquilos
se ven latir,
á esos cristales
de mil colores
que entre las flores
miráis lucir,

según afirma quien nunca miente,
brillantes rayos han de acudir.

Y de improviso,
y en un momento,
rasgando el viento
con su fulgor,
harán de todos
esos cristales
claros fanales
de resplandor.

Y así cada uno, mágicamente,
será una llama, será una flor.

CORO. Adornemos con mirtos y flores
las murallas del viejo castillo,
porque así juveniles colores
á sus años darán nuevo brillo.

Y ya engalanado
con las galas que da la floresta,
podrá, remozado,
tomar parte también en la fiesta.
En la fiesta de luz y alegría
con que vamos aquí á celebrar
que iluminen la noche sombría
los fulgores de un rayo solar.

ESCENA II

DICHOS, MARI-CRUZ y el HERMANO PROSPERO, por la derecha, 2.º término.—El HERMANO sujeta el ronzal de una caballería, que se supone dentro, y cuyas campanillas se habrán oído poco antes.

Hablado.

- PRÓSPERO. ¡*Salutem plurimam*, señor alcalde!
ALC. ¡Cuidiao con lo que se dice!
PRÓSP. *Fratres meos, salutem plurimam.*
VARIOS. ¡Salud, hermano Próspero!
MARI. ¡Eso es lo que hace falta! ¡Salú!
ALC. Y esto (por la vara) pa enderezar á las que se tuerzan.
PRÓSP. Y esto (por el ronzal) para sujetar á los que den coces! (Entregando el ronzal á un mozo, que se retira.)
MOZA 1.^a ¿Juntitos, eh? (A MARI-CRUZ y PROSPERO.)
MARI. ¡Juntitos!
PRÓSP. ¡Valientes junturas! A presenciar la fiesta la he traído en el mulo.
MOZO 1.º ¡Bonito viaje!
MOZA 2.^a ¡En un mulo, dos!...
PRÓSP. Pues ¿qué queríais? ¿Que con medio billete, y gratis por añadidura, viniésemos en *eslipin*?
MARI. Y no digo yo asina. A rastras hubiera venío yo... ¡Pues no es náa lo que tengo que ver aquí!... ¡El trunfo de mi Fernando!... Por que la frábica, y la luz, y tóo lo que hay que ver, es obra suya. ¡De él, de mi chico, del hijo de mis entrañas!...
MOZA 1.^a ¿En qué queamos?...
ALC. ¿Es hijo tuyo... ú no es hijo tuyo?...
PRÓSP. Demasiado sabéis que no se sabe de quién es el muchacho. En la «Cruz del Torrente» me lo encontré una mañana. ¡Y no vayáis á colgarme el milagrito!... ¡Miquis no tuvo arte ni parte!
MOZO 2.º ¿Conque en la «Cruz del Torrente»?...

- MOZA 1.^a Pues hay quien dice que fué más cerca del convento.
- ALC. Y no falta quien diga que en el convento mismo.
- PRÓSP. «¡Dicen! ¡Dicen!» Lo decís vosotros.
- ALC. En el convento hay padres...
- PPÓSP. Pero hijos, no... al menos, que yo sepa.
- MARI. ¡No faltaba más!
- PRÓSP. Y como lo que sé es lo que vi con estos ojos—*óculos meus*—digo y repito que una mañana—y por cierto más fría que la mala madre que le abandonó—encontré al pobre niño sobre las gradas de la Cruz. ¡Y qué coloradote!... ¡Parecía una rosa entre la escaracha!... Al verle, sentí en el corazón un golpe—porque también tengo corazón, aunque me esté mal el decirlo—y sin andarme con repulgos de monja—no estaba la mañana para repulgos—le cogí en mis brazos, le di calor en mi pecho—que era lo único que podía darle—¡y al convento con él! ¡Y Dios con todos! Había hecho una buena obra. Había salvado á un niño... ¡Y eso no se hace todos los días!
- ALC. ¡Pa chasco!...
- MOZA 1.^a ¿Y al llegar con el regalico, qué te dijeron los frailes?...
- MOZA 2.^o ¿Qué habían de decir esos egoístas?...
- ALC. ¡Si hubiera sío una oveja bien gorda!...
- MOZO 2.^a ¡Se pondrían furiosos!...
- PRÓSP. Se pusieron... á besar al angeluco y á dar gracias á Dios que se lo enviaba. Y el chico parece que agradecía el agasajo, porque se reía... se reía... ¡Mira tú que reirse la pobre criatura!... Aquella risa hacía llorar. Y ahora mismo al acordarme!... (Vendo á llorar cómicamente.) ¡Bueno! Como en la casa no había lo que necesitaba el chico, hubo que pensar en una nodriza. ¡Y cádate al hermano Próspero buscando una! ¡Y, busca de aquí, busca de allí una que reuniese las necesarias condiciones, topé con Mari-Cruz, que las tenía

muy grandes. Y le entregué el chiquillo...
amén de una bolsa rellena de duros.

MOZA I.^a

¡Amén!

ALC.

¡Asina ya se puén criar hijos ajenos!

MARI.

¡Y asina piensas tú, canallota!

ALC.

¿Yo?...

MARI.

Aunque una mujer que se quea viuda, con cinco rapaces, lo necesita tóo, con dinero y sin dinero, hubiese recogío al probe niño abandonao. ¡Pa que te enteres! ¡Yo quiero á Fernando porque me sale del corazón!... Y cuando fué un hombrecico, y hubo que pensar en hacerle un hombre, y se le llevó fray Gonzaga, y le enviaron á Madri, no se me secaban los ojos... ¡Y quién sabe si de tanto llorar habrán díó cegando!

PRÓSP.

Pero ya le trajimos aquí, pobrecita vieja. Y perdona que te lo llame, porque estás hecha una castaña pilonga.

MARI.

¿Y cómo ha vuelto, eh?.

PRÓSP.

¡Ahí es nada!

MARI.

¡Hecho un mocetón!

PRÓSP.

¡Y un sabio!

MARI.

¡Y un ingeniero!

PRÓSP.

¡Y un!...

MARI.

Conque hay que aplaudile. Hay que estimalé.
(A todos.)

ALC.

¡Güeno, mujer!

MARI.

Si hasta le quiere el conde, que es el dueño de ese castillo, náa menos.

PROSP.

Y Fray Gonzaga, que es el prior del convento, nada más. Y... (Conteniéndose.)

MOZA I.^a

¿Y quién?...

PRÓSP.

Pues nadie más ni nadie menos.

MOZO I.^o

¡Bah!... Tamién le quiere la hija del conde.

MARI.

¿La señorita Grabiela?... (Disimulando.)

PRÓSP.

¿No ha de quererle, tonta?... Se quieren desde chiquitines. ¡Chichoneris tempora!...

ALC.

Y por el conde, pase. Porque el conde es uno de nuestros primeros demócatras, como dice el diputao. Pero la condesa... ¡Bonito genio tiene la señora, y flojo orgullo, y...

- PRÓSP. ¡Y ya, ya le han dicho que la sueles poner de «chupa de dómine».
- A.I.C. (Con inquietud.) ¿Que se lo?... (Haciéndose el fuerte.) No importa. Soy capaz de icírselo cara á cara.
- (Mirando hacia la derecha, 2.º término, el LÉGO dice:)
- PRÓSP. ¿Sí?... Pues ahí la tienes con su hija. Díselo.
- A.I.C. ¡Abur! (Sale huyendo.) (Todos ríen.)
- PRÓSP. Ya sabía yo que no se lo diría. ¡*Menudum pistum llevat.*
- MOZA 1.^a Nosotros nos vamos tamién, que hay que prepararse pa la junción.
- PRÓSP. ¿Para cuál?...
- MOZA 1.^a Pa la del alumbrao.
- MOZA 2.^a ¡Y que habrá pocos esta noche!...
- MOZO 1.^o ¡Vamos! (Mutis del coro.)

ESCENA III

MARI-CRUZ, el HERMANO PROSPERO, GABRIELA y la CONDESA.
Foro derecha, 2.º término.

Hablado.

- PRÓS. (Yendo al encuentro de los que vienen.) Dios guarde á mi señora la condesa.
- CONDESA. Y al hermano Próspero.
- GAB. Felices, Mari-Cruz.
- MARI. Y tan felices, hija mía. Déjame que te llame así. Déjame que te bese.
- GAB. (Besándola filialmente.) ¿Pues no?... Bésame, y llámame como quieras. Las viejecitas como tú, con ese pelo tan blanco y esa cara tan triste, me inspiran mucho cariño y mucho respeto; porque sus tristezas son las tristezas del que ve acercarse el momento de partir para no volver, y sus canas, nieve de la cumbre que traspuso para llegar á la estación de esa partida.
- PRÓSP. ¡Muy bonito!... (Tivialmente.)
- CONDESA. ¡Hermano Próspero!... (Con cierta severidad.)

- PRÓSP. *¿Quid volet, domina mea?...*
- CONDESA. Querría que no hablara siempre en ese tono mundano y festivo, tan impropio del hábito que viste.
- PRÓSP. ¿Impropio? ¡Pues si casi todos los legos son festivos y mundanos!...
- GAB. Como el de *Los Madgyares*.
- PRÓSP. (A la condesa.) ¿Ve usted?... No conozco esa Orden; pero los legos de todas las órdenes, como no están sujetos á órdenes verdaderamente sagradas, son un poco desordenados. Y el ordenador que los ordenare, buen ordenador será. (Transición.) ¿Y de dónde venimos, Gabrielita?... ¿De dar un paseíto, eh?
- GAB. El de costumbre. Del convento. Camarista de la Virgen, vestirla y alhajarla es la más grata de mis ocupaciones.
- PRÓSP. ¡Hay pareceres! (aparte.)
- GAB. (A MARI-CRUZ.) ¿Y tú cómo te atreviste á venir?
- MARI. ¿Y cómo querías que no viniera?... Se trata de mi Fernando!...
- GAB. ¿Le quieres mucho?...
- MARI. ¿No he de quererle?... Por mí, que le he criado, y por la madre que le abandonó. ¡Probecito mío!...
- CONDESA. Eres buena, Mari-Cruz.
- GAB.. Muy buena.
- PRÓSP. ¡*Bonísima!*
- MARI. ¡Mejor que la que tiró al arroyo, como un guiñapo ajeno, un piazo de sus entrañas. ¡No lo hice yo, y al pensarlo, se me desgarran las carnes!
- CONDESA. ¿Y acaso, al abandonarle, no se le desgarrarían á ella?...
- MARI. ¡Desgarrársele!... ¡Si hubiera sentío entonces el mesmo dolor que al traerle al mundo, pué que no le hubiera soltao de sus brazos. Aquel dolor la hubiese contenío... Y lo que yo he dicho siempre. Tener un hijo sin haberse casao, es una desgracia.
- PRÓSP. ¡Vamos al decir!

- MARI. ¡Pero abandonarle, es un crimen!
- CONDESA. ¡Un crimen!... (Con voz sorda.)
- MARI. Aunque ya sé que en algunas habla tan alto el orgullo, que no puén oír la voz de la conciencia. ¿Y quién sabe si se trata aquí de una de esas señoronas que olvían su nombre cuando les paice, y luego lo aprovechan pa tapar infamias?...
- CONDESA. ¡Mari-Cruz!... (Con amenazador enojo.)
- GAB. ¡Mamá, por Dios!...
- CONDESA. ¡Vamos, hija mía! (Entra en el castillo.)
- GAB. (Al seguir á la condesa.) Has enojado á mi madre.
- MARI. (Con dolor y asombro.) ¿Que yo la he enojao?
- PRÓSP. ¡Natural! ¡Irlé á decir eso de las señoronas!..
- MARI. (Muy apurada.) ¡Sin pensarlo fué!... (Yendo hacia el castillo.) ¡Señora condesa!... ¡Señora condesa!... ¡Que yo no quise faltarla!... ¡Que yo no quise!... Ay, Santísima virgen de las Angustias!... ¿Qué hice yo?... ¿Qué hice yo .. (Entra en el castillo.)
- PRÓSP. ¡Pues impedir que la señora me convide á chocolate con bizcochos! ¡Buena va para convites!... ¡Y es la primera vez que me deja *in-albis!*... ¡Gracias á que yo no viajo nunca sin municiones de boca, y traigo en el mulo un pan, un salchichón y una bota de vino, por si acaso. ¡Sino, en ayunas... desde el medio día. (Mirando hacia la derecha.) ¡Allí veo mi restaurant-automóvil! ¡Mulo de mi alma!... ¡Y que no está dándose mal verde!... ¡Pues yo no he de ser menos! ¡Al verde! ¡Digo, al *píscolabis!*
- (Vase, derecha, segundo término.)

ESCENA IV

FERNANDO, FRAY GONZAGA, el CONDE y el ALCALDE.

- FRAY. (Como continuando una conversación.)
Vaya, tranquilícese, (Al ALCALDE.)
que es pueril ese temor.
- FER. Yc se lo aseguro á usted. (Idem.)

CONDE. (Con fingida duda y para asustar al ALCALDE.)

¿Y si resultase que
estamos en un error?...

ALC. ¡Señor conde!...

CONDE. Ya presiento
que dimos crédito en balde
á ese luminoso invento,
porque es un hombre el alcalde
que tienen mucho talento,
y cuando él duda, ha de ser
dudoso el triunfo.

ALC. Sí tal.

Dudo hasta de mi mujer
y de su primo, ¡y á ver
si hay quien diga que hago mal!...
La luz, que este buena pieza (Por FERNANDO.)
ofrece, es de tal rareza,
que mándelo quien lo mande,
no me *coge* en la cabeza...
aunque la tengo muy grande.
Y hasta que no vea yo
esa luz con estos ojos,
he de dudar. ¡No que no!
Lo que sé es que no son flojos
los cuartos que nos costó.
Algunos di.

CONDE.

ALC. Por sabio.

Mas, ó soy un calabaza,
ó mejor hubiera sío
gastarlos en una Plaza
de toros.

FRAY. Pero, hijo mío;
sólo las gentes sencillas
dudan de esas maravillas. (Al ALCALDE.)

CONDE. ¿Y usted les hace la cruz?... (Idem.)

ALC. ¿Van á dar esas bombillas,
sin que las enciendan, luz?...

FER. ¿Pues no las han de encender?...

ALC. ¿Y quién encenderlas sabe?...

FER. No es difícil de aprender.
Con sólo dar á una llave.
alumbran.

- ALC. ¡No puede ser!
FER. Y á la par.
FRAY. Y de repente.
ALC. ¿Y el petrolio?... ¡Esa es la mía!
FER. Está en el cable pendiente.
FRAY. Y la fábrica lo envía.
ALC. ¿Y á la frábica?...
FER. El torrente.
ALC. Todo lo que le escuché (A FERNANDO.)
parece un cuento andaluz,
y hasta no verlo, diré:
«¡Agua produciendo luz?...»
FER. No lo dude.
FRAY. Y vea usted:
Ayer éra ese torrente
sólo rápida corriente,
que cuando al borde llegaba
del abismo, se lanzaba
á su fondo de repente.
Y al descender del breñal
hasta la roca bravía,
con estrépito infernal,
se quebraba y se esparcía
en mil chispas de cristal,
cuyo eco ensordecedor
infundía ese temor
que en el más osado imprime
el estruendo precursor
de un fenómeno sublime.
Y como el lugar arredra
y allí sus brazos levanta
una humilde cruz de piedra,
que asoma su frente santa
tras un pabellón de hiedra,
el pueblo, que en todo ve
algo sobrenatural,
con la más cándida fe,
contaba, que desde el pie
de la cruz hasta el breñal,
cuando las aguas fulgían
al resplandor de la luna,
los espectros discurrían

de dos seres sin fortuna
que bajo la cruz yacían.
Pero la ciencia llegó,
de apariciones libró
el torrente de la cruz,
y chispas de agua trocó
en claras chispas de luz.
¡Gloria á la ciencia que, asida
del hombre á la mano fuerte,
vencedora y no vencida,
cambia tinieblas de muerte
en resplandores de vida!
¡Y gloria á la omnipotencia
de Dios, cuyo Ser bendito
desciende á la inteligencia
para que sea la ciencia
destello del infinito!...

CONDE.

¡Gloria, sí! Pero quizás
la condesa esté esperando...

FRAY.

Entremos. (Entran en el castillo.)

ALC.

¿Y tú, no vas?... (á Fernando.)

FER..

¿Yo?...

ALC.

¡Si has mentido, Fernando,
juro que las pagarás! (Entra.)

ESCENA V

FERNANDO, después GABRIELA.

FER.

¡Solo! ¡Propicia ocasión
si ella la acecha también!
¡Llamemos con precaución.
(Acercándose á la almenara y llamando con voz sorda.)
¡Gabriela!.. ¡Gabriela!... ¡Ven!
¡Te llama mi corazón!

Música.

(GABRIELA sale por el balcón á la almenara.)

GAB.

¡Fernando!... ¡Fernando!...

FER.

¡Gabriela querida!...
Al fin en tus ojos

me puedo mirar;
y hablarte, y decirte
que es tuya mi vida.
GAB. ¡Oh, cuándo podremos
querer sin temblar!...
FER. ¡Sufrir entre sombras!
¡Amargo dolor!...
GAB. ¡Ay, mira! Pareces
así un trovador.
FER. Y tú, castellana
del tiempo feudal,
oyendo la trova
de un bardo leal.
GAB. ¡Qué trovas tan dulces
las trovas de amor!...
FER. Pues oye, que ahora
seré trovador.

Hermosa castellana,
luz de mis ojos, bien de mi vida,
al pie de tu ventana
un alma llega, de amor herida.
Y pide, niña hermosa,
ya que es tan noble tu corazón,
que cures bondadosa
la herida abierta por tu pasión
¡Noble castellana,
escucha la canción
que cantan mis amores
al pie de tu balcón!
¡Oyela, y despierte
tu hermoso corazón!
GAB. Y desde el hueco
de su ventana
así responde
la castellana.

Oh trovador errante,
dueño querido, bien de mi vida,
yo con mi mano amante
pondré la venda sobre tu herida.
Y puesto que inhumana
herí tu pecho sin compasión,

sabrá la castellana
rendirte en pago su corazón.

Trovador errante,
yo escucho la canción
que cantan tus amores
al pie de mi balcón.
¡Y á tu dulce acento
despierta el corazón!

(Bajando á escena.) ¡Sí! Tal se dirían
en tiempos distantes
hermosas doncellas
y bardos errantes.

FER.

¡Y tal nos decimos
aún hoy los amantes,
volviendo á las épocas
de bélico ardor!

¡Que en vano las horas
velocés corrieron!...

Queremos nosotros
como ellos quisieron;
y somos, bien mío,
lo mismo que fueron,
que siempre romántico
ha sido el amor!

LOS DOS.

¡Oh, amor, amor, eterna poesía,
Dios que en la tierra tienes un altar,
ya que tu fuego abrasa el alma mía,
llena de luz la noche del pesar!

ESCENA VI

GABRIELA, que se retira por el balcón al ver en la puerta del castillo á FRAY
GONZAGA.—FERNANDO

Hablado.

GAB.

¡Ay!...

FER.

¿Usted?...

FRAY.

¿Qué haces aquí?...

¿Quién estaba en el balcón?...

¿Gabriela?...

- FER. Una negación
sería indigna de mí.
Gabriela estaba.
- FRAY. ¡Fernando!...
¿Lo confiesas?...
- FER. Soy sincero.
- FRAY. ¿Luego la quieres?
- FER. ¡La quiero.
- FRAY. ¿Y lo estabas ocultando
de mí, de quien recogió
tu pobre cuerpo aterido,
y tu bienhechor ha sido,
y como padre te amo?...
¡Ingrato!
- FER. Nunca lo fui:
mas por venerarle á usted,
antes mi amor le oculté,
luego callando sufrí:
Dios ó la casualidad
el camino me han abierto.
Ya lo sabe usted. Es cierto.
Amo á Gabriela. Es verdad.
- FRAY. ¡Triste verdad! ¡Confesión
tardía!.. ¡Todo perdido!
Si antes hubiera podido
llegar á tu corazón,
sabiendo lo que ahora dices,
no alentarán tus amores.
¿Qué cuesta arrancar las flores
cuando aún no tienen raíces?...
¿Pero ya qué puedo hacer
contra tu funesto amor?...
- FER. Dejar que viva esa flor
en mi alma.
- FRAY. ¡No puede ser!
- FER. ¿No puede?...
- FRAY. No. ¡Ven y olvida!
Ven á mis brazos y llora,
porque esa flor desde ahora
ha de envenenar tu vida.
- FER. ¿Envenenar?...
- FRAY. Y ha de hacer

de tu existencia un martirio.

FER. ¡No!

FRAY. ¡Despierta! Es un delirio
el amar á esa mujer.

FER. ¡Pues bien! ¡Delirio! ¡Ilusión!...
¡Locura insensata!... ¡Pero
la quiero, padre, la quiero
con todo mi corazón!
¡Ella es mi felicidad!...
¡Mi alma toda!...

FRAY. ¿A qué obstinarte?

Es fuerza. Va á despertarte
la voz de la realidad.
Y perdona si el tropel
de mis palabras te hiere.
No soy yo quien las profiere,
es la realidad cruel.

FER. Inútil será su empeño.
No la oiré.

FRAY. ¡Vana quimera!
Aunque tu pasión no quiera,
ella, cortando tu sueño,
desgarrándote el oído,
te dirá mal de tu grado:
«¿Quién eres?... ¡Un desdichado
sin nombre y sin apellido!»

FER. ¡Padre! ¡Padre!...

FRAY. «No le tienes»,
seguirá la voz impía.
«¿De qué sirve la energía
con que á combatirte vienes?...
De qué vale tu virtud
ni qué importa tu saber,
si eres un mísero ser
muerto en plena juventud?...
El misterio que te esconde
te envilece.»

FER. ¡Basta ya!

FRAY. «¿Y Gabriela?»—seguirá—
«Gabriela es hija de un conde.
Y en la morada gloriosa,
que aún defienden, altaneros,

los espíritus guerreros
de, una legión poderosa,
no entrará como señor
de una de sus castellanas
quien lleve en sí las livianas
señales del deshonor!»

FER. ¿Y quién afirmarlo pudo?...
¿Quién del castillo recela?...
Tengo el amor de Gabriela.
¡Es invencible mi escudo!
¡Allí entraré!

FRAY. ¡No entrarás!

FER. ¿Quién lo impide?...

FRAY. ¡Yo lo impido!

FER. ¿Usted que mi padre ha sido?...

FRAY. ¡Así me respetarás!

FER. ¡Ya ese respeto me pesa,
y á punto estoy de olvidarlo!

FRAY. ¡Pues ya te harán recordarlo!

FER. ¿Y quién podrá?...

FRAY. La condesa.

FER. ¿La condesa! ¿Supo?...

FRAY. ¡Todo!
Vuestro amor, en un momento,
al castillo y al convento
ha llegado de igual modo.

FER. ¿Y ella dijo?...

FRAY. A su mandato
al hablarte obedecí.
¡Olvida, y huye de aquí!

FER. ¡Jamás! ¡Jamás!

FRAY. ¡Insensato!

ESCENA VII

DICHOS, el CONDE, saliendo del castillo.

CONDE. ¿Qué ocurre?...

FRAY. ¿Usted?...

CONDE. Con calor.
sin duda se discutía.

FRAY. ¡Oh!...

- FER. Sí.
- CONDE. ¿Y el tema sería religioso?...
- FER. No. De amor.
- FRAY. ¡Fernando!
- CONDE. El amor se siente:
no se remite á razones.
- FER. Tal dije, y mis opiniones
las mantengo frente á frente.
- FRAY. ¿Qué vas á decir?... (A FERNANDO.)
- FER. (A FRAY GONZAGA.) ¡Perdón!
¡Mi amor, mi vida defendiendo!
(Alto.) La pasión, á lo que entiendo,
si razona no es pasión.
- CONDE. Dices bien.
- FER. Pues siendo así,
¿puede extrañar, por ventura,
que se acerque á la locura
el amor que late aquí?... (Señalando al corazón.)
- CONDE. ¿A eso llega el que te inflama?...
- FER. A eso llega, y doblemente
es locura por ardiente,
locura por lo que ama.
- CONDE. ¿Y en ti nació?...
- FER. De improviso..
Sin quererlo... Sin pensarlo..
¡Y cuando quise arrancarlo
del corazón, él no quiso.
Se apoderó de mi ser,
y ya es inútil luchar.
¿Pensar? ¡No puedo pensar!
¿Ceder? ¡No quiero ceder!
¡Y rota toda cautela
y todo freno, proclamo
ante usted mismo, que amo
con toda el alma!...
- CONDE. ¿A Gabriela?...
- FER. ¿Y te atreves?...
- FRAY. (Ap. á Fernando.) ¿I.o has oído?...
- FER. Yo pensaba... (Desconcertado.)
- CONDE. (Gozándose en su aturdimiento.)
¿Qué pensaste?...

- FER. Yo creí...
- CONDE. Pues te engañaste.
- FRAY. (¡Dios escucharme ha querido!)
- CONDE. Todos estáis engañados.
Sigo una opinión muy rancia.
Y es ésta: «Que no hay distancia
entre dos seres honrados.»
- FER. ¡Ah, señor!... (Con alegría.)
- FRAY. ¿Qué dice usted?... (Con espanto.)
- CONDE. Ahora dije la verdad.
- FER. ¡Ahora, sí!
- FRAY. (¡Fatalidad!)
- CONDE. Espera, y lucha y con fe:
que luchando de ese modo,
todo en el mundo se alcanza.
- FER. Con tan hermosa esperanza
yo sabré alcanzarlo todo.
- FRAY. ¿Pero la condesa?...
- CONDE. Es madre,
y quiere para su hija
lo mejor. Justo es que elija.
También yo elijo; soy padre.
Y la daré por esposa
no al que sólo junte al nombre
la fortuna, sino al hombre
que sepa hacerla dichosa.
- FER. ¡Oh, gracias!...
- CONDE. Yo te lo fío.
- FER. ¡Y yo juro merecer
su amor!
- FRAY. (¡Si no puede ser!...
¡Si no puede ser, Dios mío!)

ESCENA VIII

DICHOS, GABRIELA, la CONDESA y el ALCALDE, que salen del castillo cuando se indique, seguidos de MARI-CRUZ.—El hermano PROSPERO por la derecha, segundo término.—Gente del pueblo.

Música.

CORO. (Dentro.) De valles y montes
el día se va,
y el momento que tanto anhelamos
acércase ya.
¡Corramos, amigos,
corramos á ver
el fulgor de cien luces brillantes
la sombra romper!
¡Venid, venid,
á los sonos bulliciosos
del alegre tamboril!
¡Ya el cielo azul
se-oscurece, porque luego
brille más la nueva luz!

FRAY. El pueblo se aproxima.
CONDE. La fiesta va á empezar.
FER. Por esta vez, de fiesta
también el alma está.

GAB. (Saliendo del castillo con la CONDESA.)
Ven, madre, que al castillo
ya llegan todos.

CONDESA (¡Ay!
Contrasta con mi pena
el gozo popular.)

MARI Fernando sé que trunfa. (Al salir, al ALCALDE.)
ALC. ¡Lo dice su mamá!
PRÓSP. ¡Al ver la luz el mulo (Saliendo.)
qué salto va á pegar!

CORO. (Sale.) De valles y montes
el día se fué,
y al fin llega el momento dichoso
que tanto anhelé.

¡Fernando, ya es hora
de ver y admirar
el fulgor de cien luces brillantes
la sombra rasgar!
¡Brille por fin
á los sonos bulliciosos
del alegre tamboril!
¡Ya el cielo azul
se ha enlutado, porque ahora
brille más la nueva luz!

FER.

¡Señor alcalde,
dé la señal!

ALC.

¡A ver, granuja,
si quedas mal!

(Levanta la vara. Dos mozos abren otras tantas llaves, y se iluminan las bombillas que hay en el castillo y entre las ramas. Asombro y alegría generales.)

MARI.

¡Oh!...

CORO.

¡Qué prodigio!

ALC.

¡Cuerpo de tal!... (Estupefacto.)

CORO.

La nueva luz parece
luz celsetial.

¡Qué brillante resplandor!

En el muro y en la rama,
cada luz es una llama,
cada llama es una flor.

¡Viva Fernando!

¡Y en baile ya!

¡La fiesta en honra suya
comienzo da!

(Los mozos van invitando á las mozas, y entre tanto se entabla el diálogo siguiente:)

Declamado á la orquesta.

CONDESA.

¿Habló usted á Fernando?...

FRAY.

Sí.

Su sospecha no era vana.

CONDESA.

¿Y bien?...

FRAY.

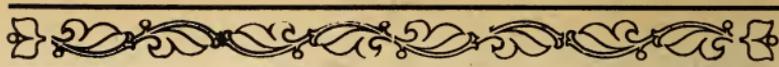
Observan... Mañana,
y en el convento.

CONDESA. Iré allí.
CONDE. ¿Ha cesado ya el temor?... (Al ALCALDE.)
FER. ¿Ha sido un *cuento andaluz*?... (Idem.)
AIC. ¡No, porra! ¡Trunfó la luz!
GAB. ¿Triunfará así nuestro amor?...

Cantado.

CORO Y BAILE. ¡Al son de la dulzaina
y de los tamboriles,
bailad, garridas mozas,
bailad, mozos gentiles!
¡Y en honra de Fernando
y de la Mari-Cruz
alegres celebremos
la fiesta de la luz!

FIN DEL CUADRO PRIMERO



CUADRO SEGUNDO

Habitación claustral en la planta baja del convento.—Al fondo, intercolumnio gótico practicable, que da paso al huerto jardín.—A la derecha, una puerta que conduce á la iglesia; otra á la izquierda, que comunica con el interior.—Una mesa y un sillón de roble y cuero á cada lado de la misma, cerca de la puerta de la izquierda, y junto á la de la derecha, otro sillón.—La luz del día ilumina fuertemente el jardín, dejando en azuladas sombras la habitación claustral.

ESCENA PRIMERA

MARI-CRUZ dormitando en el sillón más próximo á la puerta de la izquierda.
—FERNANDO, junto á la mesa, en el otro sillón.—En el de la derecha, el hermano PROSPERO.—FRAILES y NOVICIOS, más hacia el intercolumnio.

Música.

NOVICIOS. (A FERNANDO.)
Mientras nos llama de nuevo el coro,
como tú sabes, ¿quieres contar
aquella historia de aquel «Rey moro»?
PRÓSP. ¿Y un buen cristiano la ha de escuchar?...
FRAY. Contarnos debes vidas de Santos.
NOV. Una leyenda será mejor.
PRÓSP. No puede el hombre dar gusto á tantos...
como no cuente cosas de amor.
CORO. ¡Jesús, qué horror!
MARI. Venga el cuento, hijo mío.
FER. Quiero ser complaciente.
Narraré la leyenda
de La Cruz del Torrente:
—Era Galiana

cándida niña,
pura como las flores
de su campiña.
Y era Lisardo
gentil pastor,
amante
delirante
de aquella flor.
Pero sus deudos
se aborrecían,
y no podían
ver sin horror
que se quisieran,
y al fin se unieran
la niña enamorada
y el fiel pastor.

MARI.
CORO y PR. }
FER.

¡Fatales odios!
¡Mortal rencor!

Y al ver los amantes que nunca podría
del odio maldito su anhelo triunfar,
la cumbre más alta ganaron un día,
sus manos unieron,
sus pies avanzaron...
y juntos cayeron...
y juntos rodaron...
¡y al fin espiraron
los dos á la par!
¡Y al fin espiraron
los dos á la par!

CORO.

FER.

Unos pobres caminantes
á la mañana siguiente
los acertaron á ver...
Y hoy reposan los amantes
bajo la «Cruz del Torrente»
y en las sombras del no ser.
Y cuando surgiendo
del claro horizonte,
la luna en el monte
refleja su luz,
se ven sollozantes
sus almas errantes
de pronto en las aguas,

de pronto en la Cruz.

Y búscanse,

y llámanse,

y extáticas

páranse,

ó en vértigo

lúgubre

y en roto ziszás,

los seres fantásticos

unidos agítanse,

de un baile diabólico

al rudo compás.

¡Y extiéndese

el pánico,

y el ánimo

tímido

la «Cruz del Torrente»

no cruza jamás.

MAR. PRÓSP. CORO.

Y extiéndese

el pánico,

y el ánimo

tímido

la «Cruz del Torrente»

no cruza jamás! (Se oye un toque de campana.)

CORO.

Pero la campana

con su voz cristiana

llama á la oración.

¡Vamos, pues sabemos

que cumplir debemos

santa obligación! (Entran en la iglesia.)

ESCENA II

MARI-CRUZ, FERNANDO, el hermano PROSPERO.

Hablado.

PRÓSP.

«Y cuando surgiendo del claro horizonte»,
etcétera. ¡Vaya una leyendita para abrir el
apetito!....

- MARI. ¡Ya, ya!
- FER. ¿Te da miedo?... (A PROSPERO.)
- PRÓSP. ¿A mí! ¿Miedo á mí! No. I, o digo por ésta.
- MARI. ¿Iba á decirlo por él!... ¡Es *mu* valiente el hermano!
- FER. Pues yo aseguro que de noche no pasa junto al torrente.
- PRÓSP. No trasnocho.
- MARI. ¡Ni de día!
- PRÓSP. No es camino.
- MARI. Si no hay otro más breve pa dir dende el castillo al Monasterio.
- PRÓSP. ¡Ni peor!
- FER. No te canses. Crees en visiones, hermano Próspero.
- PRÓSP. Como cada *quisque*. ¡Las está uno viendo á todas horas!... *Visione visionarum!* (Mirando á MARI-CRUZ.)
- MARI. Y allí las hay, digas lo que digas. Y á naide le gusta toparse con ánimas en pena... Y no va naide... que allí sólo puén ocurrir desgracias.
- FER. ¡Eso, sí! ¡Dicen que allí me encontraron!...
- PRÓSP. Eso dicen.
- MARI. ¿Y aquel día pasaste tú?...
- PRÓSP. Dicen eso. (Cortando la conversación y sacando de las mangas algo que come con avidez.)
- ¿Quieres?... (A FERNANDO.)
- ¿Qué?...
- PRÓSP. Pasas *cosecham meam*.
- FER. ¡Bah!... (Rehusando.)
- PRÓSP. Son riquísimas.
- MARI. ¡Golosón!
- FER. ¡Siempre pensando en lo mismo!...
- PRÓSP. ¿En comer?... ¿Y tú?... ¿En amar?... Pues mira la diferencia que hay entre cómo piensas y cómo pienso. Tú, cada día más flaco, y yo cada vez más gordo. ¿Qué molletes, eh?... Pues aplicate mi receta ¡*Salchichonem!* (Sacando un trozo y mordiéndolo con avaricia.)
- MARI. ¿Pero de dónde sacas tóo eso?...
- PRÓSP. De aquí. (La manga.)

- MARI. Velay por qué tiés la manga tan ancha.
PRÓSP. ¡Velay! para que el aire circule... y no se corrompan los comestibles.
- FER. ¡Buen apetito... y buen humor!
PRÓSP. ¿Y del tuyo, á cómo estamos?...
- FER. Estoy contento... á medias.
PRÓSP. Pues las medias... (Recogiéndose un poco los hábitos é indicando las piernas.)
- MARI. Ya lo sabes. La condesa s'ha enterac de que mi Fernando quiere á su hija.
- FER. Y al conde se lo dije yo.
PRÓSP. ¡*Suficiti!* Tu amor depende de una vieja moneda de á cuartillo... De á cuartillo me gustan á mí. (Sacando una bota, bebiendo y ofreciendo á FERNANDO.) ¿Quieres probarlo?... ¡*Néctar deorum!* Y esa moneda tiene en el anverso la cara de la señora y en el reverso, la cruz del conde, como si dijéramos. ¿Que sale la cruz? Pues la cara de Gabrielita... y lo que no es cara, todo tuyo.—¿Que sale la cara?... Pues cargas con la cruz... aunque no con la del matrimonio. Y bien mirado, poco debe importarte. ¡Siempre esa cruz es caral!
- FER. No siempre.
MAR. ¿Fuvidia ó caridad, hermano?...
PRÓSP. ¡Magras con tomate! (A MARI-CRUZ.)
(A FERNANDO.) Ahora el *bustilis* está en el tino del que tire la moneda. ¿Es el conde?... ¡Pues *crucijixus eris!* Acabas de saberlo. El recadito de Gabriela que te ha traído Mari-Cruz—y no pasamos de las cruces—es éste, *ad pedem litere*—«Papá se atrevió á decir á mamá, después de la inauguración del alumbrado, que me quieres antes y después; y mamá por poco alumbra á papá. Se armó una de *populo barbaro*. ¡*Peloteram magnam!* Por de pronto, me han encerrado en la sala de armas del castillo. Pero yo abro el balcón, y desde allí hago señas á Mari-Cruz para que te diga que hoy iré á visitar á mi querida imagen, aunque acompañada de papá, mamá... y no sé si

- de una pareja de *Guardie civilorum*, por si acaso.
- FER. ¿Por si acaso qué?...
- PRÓSP. Eso no se pregunta. Se pone en el caso... de que tengan que ceder á la fuerza los que de grado no ceden jamás. Porque «á lo hecho, pecho». Y *tutti contenti!*
- FER. ¡Bonito sistema!...
- MARI. Eso me paice una maldá impropia de un hombre honrao. Y más impropia aconsejá por ti.
- PRÓSP. Pues las ostras no se abren por persuasión... ni las nueces. (Sacando una.) Es el postre. Mira. Para llegar á la sabrosa carne que hay aquí dentro, es preciso romper este cascarón durísimo. Y para ello ¿qué hace talta? ¡Dientes! (Partiendo la nuez y comiendo.)
- FER. ¿Y bien?...
- PRÓSP. Gabriela es la carne, la cáscara la condesa, y tú... ¡Ay! Me parece que tú tienes muy floja la dentadura.
- MARI. (Mirando hacia el jardín.) ¡Fernando! ¡Fernando! Los condes y su hija acaban de entrar en el Monasterio... Y la condesa viene hacia aquí.
- PRÓSP. ¡La cáscara!
- FER. Pues dejadme á solas con ella.
- MARI. ¡Cuidao, hijo míol!... (Salendo al jardín.)
- PRÓSP. ¡Sí; cuidado! Y *apretare denterum!*
(Vase por la puerta de la izquierda.)

ESCENA III

(FERNANDO, la CONDESA, por el jardín; foro derecha.)

- FER. ¡Valor! (Saliendo al encuentro de la CONDESA.)
- CONDESA. ¡Ah!... ¿No está aquí fray Gonzaga?...
- FER. No. Santos deberes le retienen en otra parte.
- CONDESA. Entonces... (Yendo á retirarse.)
- FER. (Deteniéndola.) Un momento.

- CONDESA. (El mismo juego.) Perdón. Es con él con quien tengo que hablar.
- FER. Perdón, á mi vez. Con la condesa es con quien tengo que hablar forzosamente.
- CONDESA. (Cayendo en el sillón junto á la mesa.) ¡Dios mío!... ¡Dios mío!...
- FER. (Acercándose.) Ya, ya sé que usted me desprecia, que me aborrece...
- CONDESA. ¿Yo!...
- FER. Si no me extraña. ¿Quién soy al fin y al cabo?... Uno de esos infelices que figuran en el libro social con el «Inri» de los seres anónimos, que viven envueltos en la deshonra y la ignominia.
- CONDESA. ¡No, Fernando!
- FER. ¡No! Dice usted bien, señora. ¿De ser quien soy, es mía la culpa?... ¿Quise nacer?... ¿Quise vivir?... ¿Pudieron mis labios exclamar, cuando me abandonaba la que me llevó en su seno: «Soy carne de tu carne: sangre de tus venas: vida de tu vida?...»
- CONDESA. ¡Jesús!... (Desfalleciendo.)
- FER. ¿Qué es eso?... (Aproximándose.)
- CONDESA. (Rehaciéndose.) Nada... No sé... Un vahído...
- FER. ¡Oh, sí! ¡Lágrimas en sus ojos!... No me engaño. ¿Le han conmovido á usted mis desdichas?... ¡Pues conmuévala mi amor, más grande que mi desventura!
- CONDESA. ¡Si no es posible, si no es posible!...
- FER. ¿Por qué no ha de serlo?... ¿Qué me falta un nombre?... ¡Yo lo alcanzaré! ¿Que no tengo riquezas?... Yo sabré adquirirlas. ¿Que aún no merezco el cariño de la que amo?... Yo redoblaré mis esfuerzos para merecer ese cariño. Porque, sépalo usted, señora, Gabriela me ama.
- CONDESA. ¡Gabriela!...
- FER. Sí; Gabriela que siente haber nacido entre el fausto y los honores, como yo siento haber nacido entre la miseria y la deshonra ¡Tampoco la culpa es suya!
- CONDESA. ¡Por Dios, Fernando!...

- FER. Eso digo yo. ¡Por Dios, señora!... Y ya que yo no le importe, impórtele á usted al menos esa pobre niña á quien tanto quiere. Porque usted la quiere mucho... ¿Verdad?... ¿Qué madre no quiere á su hijo?...
- CONDESA. ¡Ninguna! Y si alguien lo dice que hay madres que no los aman con todo su corazón, dígame usted que miente. ¡Dígaselo usted!
- FER. ¡Pues bien! ¡Por ese amor, por Gabriela, por todos, ceda usted, señora, y en mí tendrá un hijo, un esclavo. ¡Ceda usted!
- CONDESA. ¡Nunca, Fernando, nunca!
- FER. ¿Es esa su última palabra?...
- CONDESA. No puedo decir otra.
- FER. ¿De modo que su voluntad es inflexible?...
- ¡También la mía! ¿Su resolución irrevocable?... ¡La mía también! ¡Decisión contra decisión! ¡Voluntad contra voluntad!... ¡Estamos frente á frente!
- CONDESA. ¡Desdichado!...
- FER. ¡Y ni por nada ni por nadie cederé tampoco! ¡Se lo juro!... ¡Se lo juro por...! No conocí á mi madre. ¡No importa! ¡Por la que me llevó en sus entrañas, fuera quien fuera, se lo juro!
- CONDESA. ¡No! ¡No!
- FER. ¡Gabriela será mía (Vase por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IV

La CONDESA, FRAY GONZAGA, por la puerta de la derecha.

- CONDESA. (Cayendo sollozante en el sillón, junto á la mesa.)
¡No puedo! ¡No puedo más!...
- FRAY. Condesa... (Acudiendo á su lado.)
- CONDESA. ¡Padre Gonzaga!...
- FRAY. ¿Qué me anuncia su congoja?...
¿Qué me revelan sus lágrimas?...
- CONDESA. ¡Ay! ¡Gotas son de la lluvia
que mi corazón arrasa!

FRAY. ¿Pero Fernando?...

CONDESA. Al venir
á buscarle á usted, aquí estaba
esperándome, y al verme,
con decisión que me espanta,
me cortó el paso, y me dijo
entre ruegos y amenazas:
«Mi amor es mi vida entera,
y he de lograr mi esperanza!...
¡Se lo juro, por el ser
que me llevó en sus entrañas!»

FRAY. Y cumplirá el juramento.

CONDESA. ¡Si no es posible!

FRAY. ¡Insensata!

Su voluntad no vacila,
en la lucha se agiganta,
y contra usted, contra todos,
vencer sabrá en la demanda.

CONDESA. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?...

FRAY. (Con ironía.) Lo de siempre,
condesa. ¡Seguir cruzada
de brazos y consentir
que se consume la infamia!

CONDESA. ¡Oh, no junte la ironía
á sus austeras palabras!

FRAY. ¡Ironía!...

CONDESA. Usted lo sabe.
Arrepentida, espantada,
reprimiendo mis sollozos
mi error confesé á sus plantas.

Aún la vergüenza enrojece
mis mejillas. ¡Hora infausta
aquella en que dí en las manos
de un malvado, acostumbradas
á sujetar á las víctimas
con insistencia satánica,
hasta destrozar á un tiempo
honra y amor, vida y alma!

FRAY. Pues bien. ¡Que no se quebrante
el secreto, que la charca
impura siga cubierta
de flores envenenadas,

y que se case Fernando
con Gabriela!

CONDESA. ¡Con su hermana!...

FRAY. Es horrible, es monstruoso...
pero así el *honor* lo manda!

CONDESA. ¡Oh, no! Fuerza es impedirlo.

FRAY. ¡Pues hable usted! ¡Si usted calla,
publicaré la verdad
ante el mundo!

CONDESA. ¡Publicarla!...

¿Y dirá usted?...

FRAY. ¡Todo, todo!

CONDESA. ¿Al conde?...

FRAY. ¡No! ¡Ruín hazaña!...

CONDESA. ¿A Fernando Nunca.

FRAY. ¿Entonces...?

CONDESA. ¿A Gabriela! ¡Desdichada!

¿Ella saber? ¡Soy su madre!

FRAY. ¡Así habrá de perdonarla!

CONDESA. ¡Cúmplase su voluntad!

FRAY. ¡Ah! ¡Por fin!...

CONDESA. ¡Hija del alma!...

GAB. Mari-Cruz! (Dentro.)

CONDESA. ¡Su voz!...

FRAY. (Llamando.) ¡Gabriela!...

CONDESA. (Deteniéndole.)

Ahora, no. Después... Mañana...

FRAY. ¡Si los males se aminoran
cuanto más pronto se atajan!...

CONDESA. Dios del cielo!...

FRAY. ¡Al cielo implore!

CONDESA. ¡Virgen mía! ¡Virgen santa!...

FRAY. Ella, que también fué madre,
escuchará su plegaria!

(Vase la CONDESA por la puerta de la derecha.)

ESCENA V

FRAY GONZAGA, GABRIELA, con un manojo de flores, cruzando el jardín de derecha á izquierda.

GAB. Mari-Cruz, mira qué flores para la Virgen cogí.

FRAY. (Acercándose al intercolumnio y llamando.)
¿Gabriela?...

GAB. ¿Qué?... (Distraídamente.)

FRAY. Ven aquí.

GAB. ¡Ahora voy!

(Como si hablase con MARI-CRUZ.)

Son las mejores

de todo el huerto. Ya ves. (Entrando en escena.)

FRAY. ¿Pero no oyes que te llamo?...

GAB. (Yendo á cruzar la escena de izquierda á derecha.)

Deje usted que lleve el ramo á la Virgen.

FRAY. (Interponiéndose.) Si. Después.

GAB. ¿Después? (Queriendo irse.)

FRAY. (Deteniéndola.) ¡No me quieres ya?...

GAB. Con todo mi corazón.

(Observándole con inquietud.)

¡Pero hoy tiene una expresión su austero rostro!... (Apartándose.)

FRAY. (Acercándose.) ¡Quizá!...

GAB. (Queriendo mostrarse jovial.)

¿Acierto?...

FRAY. Inquietud y calma en los ojos se reflejan, que en ellos su rastro dejan las tempestades del alma.

GAB. ¿Y en usted pueden rugir las tempestades?...

FRAY. También.

GAB. Pensé que en el claustro...

FRAY. ¡Ven!

¡Te he de hablar y me has de oír!
(Tomándole por una mano y conduciéndola hacia la mesa.
Gabriel se resiste.)

GAB. La Virgen está esperando
las flores...

FRAY. ¡Has de escucharme!
(Sentándose junto á la mesa y obligando á GABRIELA á
que se siente también.)

GAB. ¿De qué tiene usted que hablarme?...

FRAY. De tu madre y de Fernando.

GAB. (Queriéndose levantar.) Acertaba el corazón.

FRAY. Siempre aciertan los temores. (Deteniéndola.)

GAB. ¡Siempre!... (Cada vez más recelosa y cambiando de
tono.)

¡Mire usted que flores!
(Extendiéndolas por la mesa.)

¡Qué bellas, qué bellas son!

FRAY. Bien, pero... (Queriendo llevarla á su asunto.)

GAB. (Desentendiéndose.) Esta *pasionaria*.

es como mi madre, hermosa,
y como ella dolorosa,
y como ella legendaria.

FRAY. Sí; tu madre...

GAB. De otra Edad

es fiel trasunto, por buena
y gentil. Y esta azucena
se me parece, ¿verdad?...

FRAY. ¡Comparar seres y flores!...

¡Triste augurio!...

GAB. ¡Por favor!...

FRAY. ¡Ay! ¡Lo mismo que una flor,
se marchitan los amores!
Y el tuyo...

GAB. No siga usted. (Levantándose.)

De mi amor hablar no quiero.

FRAY. ¿En él confías!...

GAB. Y espero.

FRAY. Mira esa rosa.

GAB. ¿Por qué?...

FRAY. Ella dice que no esperes.
De pronto se deshojó...

GAB. Ahora es cuando digo yo:

- «Comparar flores y seres!...»
¡Si esta flor llegó á su invierno
y marchita vino á tierra,
el amor que mi alma encierra,
como el alma, será eterno!
- FRAY. ¿Y si fuese Dios quizá
el que te dijese «¡olvida!»
- GAB. ¡Sólo al quitarme la vida,
mi cariño matará!
- FRAY. ¿Tan firmes son tus amores?...
GAB. (Jugando con las flores maquinalmente.)
¡Siempre serán de Fernando!
- FRAY. Cuenta que estás deshoyando
entre tus dedos las flores. (Queriéndolas apartar.)
- GAB. ¡Deje usté!... (Ya más que en las flores, en lo que
dice FRAY GONZAGA.)
- FRAY. ¡Injusto rigor!...
¿Ves? ¡Al ir las deshaciendo.
parece que van cayendo
en la tumba de tu amor!
- GAB. ¿Y por qué ha de parecer
lo que usted dice, ay de mí?...
- FRAY. ¿Quieres á tu madre?...
- GAB. ¡Sí!
¿Cómo no la he de querer?...
- FRAY. ¿Qué ves en ella, hija mía?...
- GAB. La virtud y la ternura.
- FRAY. ¿Y en su rostro?...
- GAB. La hermosura.
- FRAY. ¿Y en su pecho?...
- GAB. La hidalguía.
- FRAY. ¿Y si alguno te dijera,
acercándose á tu oído,
que tu madre había sido
criminal?...
- GAB. ¡No lo creyera!
- FRAY. Pero, ¿y si no fuese engaño?...
- GAB. Diría yo acongojada:
«¡Madre mía! ¡Madre amada!...
¿Al herir te hiciste daño?...»
- FRAY. ¿Así dirías?...
- GAB. ¡Así!

(Suena el órgano en la iglesia.)

FRAY. Pues escucha. El *Miserere*
con lúgubres notas hiere
el aire.

GAB. ¡Y resuena en mí!

FRAY. ¡Y uniéndose al triste son
de esa música sublime,
no oyes una voz que gime
implorando tu perdón?...

GAB. ¡Sólo, escucho retumbar
ese canto que me hiela!

FRAY. (Queriendo llevarla á la puerta de la iglesia.)

¡Pues acércate, Gabriela!

GAB. (Resistiéndose.)

¡No! ¿Por qué me he de acercar?...

FRAY. Para que llegue á tu oído
el acento penitente,
que te dice tristemente:

«¡Gabriela!... ¡Dios lo ha querido!

Y te revelo, acatando

su voluntad inflexible,

que es un sueño, un imposible,

tu pasión hacia Fernando,

pues con amantes cadenas

no se pueden enlazar

los que sienten circular

igual sangre por sus venas!»

GAB. (Con creciente espanto y angustia.)

¡No!... ¡No quiero comprender!...

FRAY. Y la voz concluye así:

«¡La misma madre que á ti

á Fernando le dió el ser!»

GAB. ¡La misma madre! ¡Qué horror!

FRAY. ¡La misma!

GAB. ¡Sueño!... ¡Delirio!...

¡Se goza usted en mi martirio!...

FRAY. ¡Valor, Gabriela, valor!

GAB. ¡Valor!... (Apoyándose en la mesa para no caer.)

FRAY. ¡Ya vendrá la calma

á consolar tus dolores!

GAB. (Deshojando y esparciendo las flores del manojó.)

¡Pobres flores!... ¡Pobres flores

las del huerto y las del alma!

¡Mi cerebro desvaría!...

¡Despierta, razón, despierta!...

¡Tanta desdicha no es cierta!...

CONDESA.

(Que ha salido momentos antes y ha escuchado con afán creciente las palabras de GABRIELA, se precipita á su encuentro, exclamando:)

¡Es cierta, sí!

GAB.

(Abriéndole los brazos,)

¡¡Madre mía!!..

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

Paisaje abrupto y montañoso. Al fondo, entre grandes rocas, el torrente y el río, cuyas aguas corren de derecha á izquierda del espectador.—Grandes bloques de piedra, arbustos y ramaje, entre los que se abren estrechos senderos á uno y otro lado de la escena.—En segundo término, derecha, y sobre una tosca escalinata, una cruz de piedra, cubierta casi por trepadoras silvestres.—En las lejanías, la gótica silueta del Monasterio—Luz rojiza del crepúsculo al empezar el cuadro.—Después la luna, que aparece en el horizonte, ilumina el paisaje.

ESCENA PRIMERA

MONJES y CAMPESINOS dentro. Después FERNANDO con una carta en la mano.

Música.

MONJES. Ya en el cielo se apagan (Muy lejano.)
los fulgores del día,
y la noche serena
ya se extiende en redor.
Entre luces y sombras
el cristiano repite:
«¡Salve, Virgen María!...
¡Salve, Madre de amor!»

CAMP. Ya en el cielo se apagan (Más cerca.)
los fulgores del día,
y la noche serena
ya se extiende en redor.
Entre luces y sombras
el labriego repite:
«¡Salve, blanca alquería!...

¡Salve nido de amor!»

(Declamado á la orquesta.)

FER. No. No me puedo explicar
esta carta de Gabriela,
y mi corazón recela
no sé qué nuevo pesar.
En vano busco la luz
que aclare lo que no sé...
¿Por qué me escribe, por qué?...
¿Por qué me cita en la Cruz?...

ESCENA II

FERNANDO, GABRIELA, por la izquierda.)

Cantado.

GAB. (Que ha oído las últimas palabras de Fernando.)
¿Por qué ¡Fernando!...

FER. Mi dulce bien!...
¡Mis ojos dudan
de lo que ven!

GAB. ¿Y quién, ay triste,
puede, al mirar,
ni aun á sus ojos
crédito dar?...

FER. Rasgó el horizonte
la pálida luna,
y arranca del monte
reflejos de luz...
¡Ay! ¿Cómo imprudente,
osaste, Gabriela,
venir al Torrente,
llegar á la Cruz?...

GAB. Mi madre inflexible,
tu amor indomable,
mi dicha imposible,
trajéronme aquí.
Aquí donde inerte
mi pecho respira
el soplo de muerte

que viene de allí. (La cruz.)

FER. ¡Pues partamos, alma mía,
de la noche en el misterio,
y buscando entre las rocas
un camino salvador,
en el santo Monasterio
hallaremos paz segura,
un altar y un sacerdote
que bendiga nuestro amor!

GAB. Partamos, sí. Mas quisiera
rezar por la vez postrera
en las gradas de la cruz.

FER. ¡Reza en la cruz solitaria,
que al cielo irá tu plegaria
en las alas de la luz!

GAB. (Arrodillándose.)

¡Oh, cruz bendita, que abres los brazos
sobre despojos de un triste amor!...
ellos rompieron así los lazos
que les unían con el dolor!

¡Vida inhumana, cruz redentora,
la del que sufre como sufrí!...

¡Por vez postrera mi fe te implora!

¡Piedad, Dios mío! ¡Piedad de mí!

FER. ¡Oh, basta! ¡Partamos,
partamos de aquí!

GAB. (Levantándose.) ¡Buscando el Torrente
iré en pos de tí!

Conjunto.

FER. ¡Alejémonos, Gabriela,
de la noche en el misterio,
y buscando entre las rocas
un camino salvador,
en el santo Monasterio
hallaremos paz segura,
un altar y un sacerdote
que bendiga nuestro amor!

GAB. ¡Alejémonos, Fernando,
de la noche en el misterio
y cruzando por el borde

del abismo aterrador,
romperé mi cautiverio,
encontrando paz segura
donde es todo eterna calma,
donde es todo eterno amor!

(Vanse por la derecha y desaparecen entre las rocas.)

ESCENA III

La CONDESA, MARI-CRUZ, FRAY GONZAGA, el CONDE, presa todos de la mayor agitación.

Hablado.

FRAY. ¡No!... (Escudriñando la escena.)
CONDE. ¡Aquí tampoco! (Idem.)
CONDESA. ¡Hija mía!...
MARI. ¿S'habrá equivocado la gente
que dijo que hacia el Torrente
hace un momento venía?...
FRAY. Yo he de saber... (Vase hacia las rocas y desaparece.)
CONDESA. ¡Ay de mí!
Sin duda huyó con Fernando.
MARI. ¡No!
CONDE. Calla!...
CONDESA. Me estoy ahogando...
¡Hija! ¿Dónde estás?
FER. (Grito dentro.) ¡Aquí!

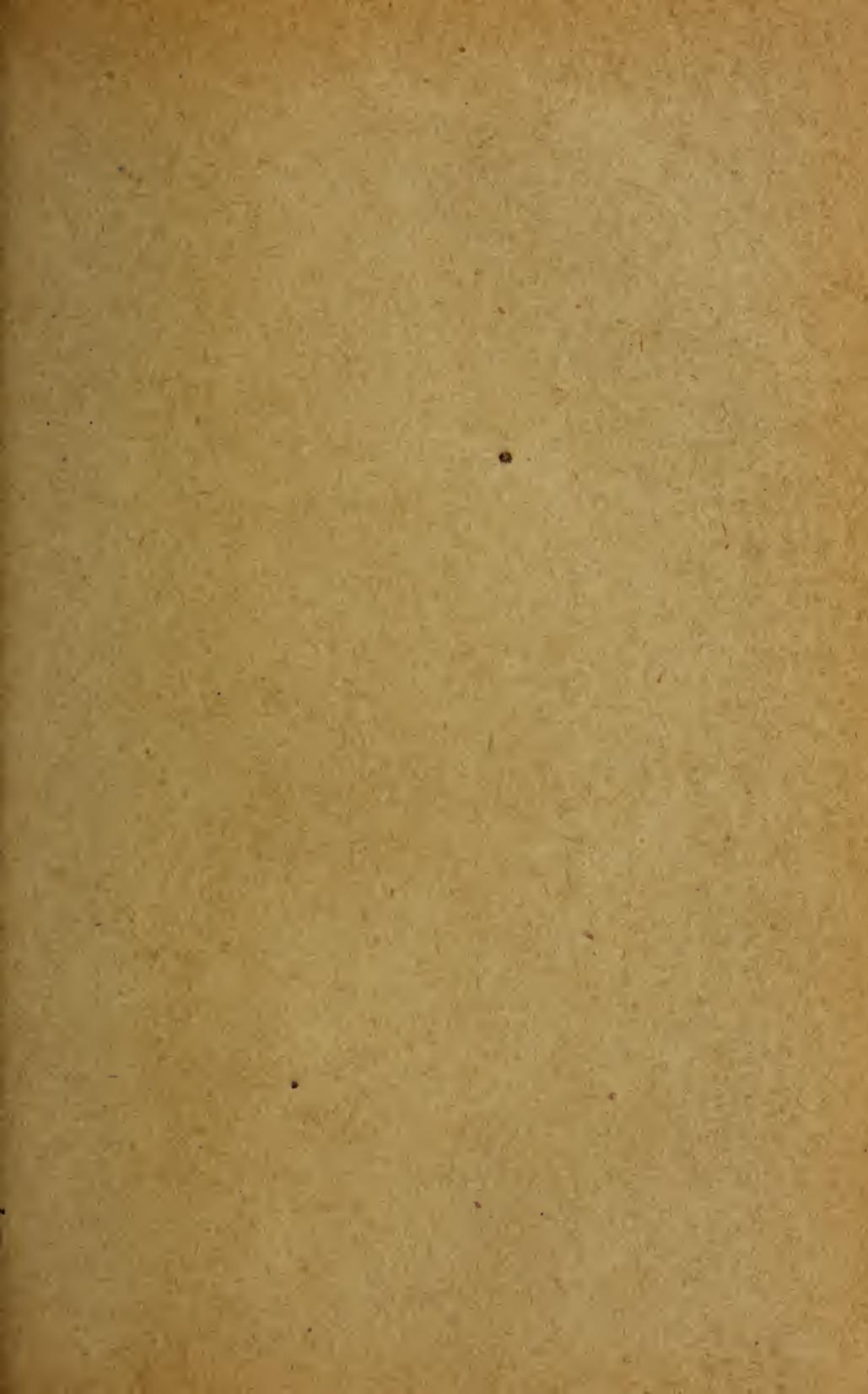
ESCENA FINAL

DICHO.—FERNANDO.— A poco, FRAY GONZAGA

CONDESA. ¡Jesús!
FER. (Lento, más cerca.) ¡Socorro! ¡Favor!
MARI. ¿Esa voz?... (Aparece FERNANDO en las rocas, febril,
delirante.)
CONDESA. ¡Fernando!
CONDE. ¿Qué?
FER. ¡Comprendedlo en mi terror!
CONDESA. ¿Y Gabriela?

- FER. (Con extravío.) No lo sé.
CONDE. ¡La verdad! ¡Pronto!
CONDESA. ¡Qué horror!
MARI. ¡Acaba!
CONDE. ¡Sí!
FRAY. (Apareciendo tras de la cruz.) ¡Dios lo quiso!...
¡Al ir con paso indeciso
por la escarpada pendiente,
detúvose de improviso
en la boca del Torrente!
¡Fijó en ella la mirada,
y del vértigo impulsada,
hacia su borde corrió,
perdió pie... y la desdichada
hasta el fondo resbaló!
CONDE. ¡Ah!
CONDESA. ¡Muerta!...
FRAY. (Con delirio creciente A FRAY GONZAGA.)
¿Qué dice usted?...
¿Que á mi Gabriela perdí?...
¿Que ya nunca la verá?...
¡Yo al abismo bajaré,
y la arrancaré de allí!
CONDESA. ¡Al abismo!...
MARI. ¡No!...
CONDE. ¡Detente!
FRAY. ¿En su fondo está mi amor?...
¡¡Pues al fondo!! (Desaparece tras las rocas.)
(Grito de horror en los demás personajes.)
FRAY. ¡Dios clemente!
¡Ya es una historia de horror
la leyenda del Torrente!

CUADRO, MUSICA Y TELON



Precio: UNA peseta.
